

tivos, que cualquier lector atento reconoce como manieristas, aparecen en el transcurso de sólo cinco páginas. En cada sala de museo donde se exhiben las obras de un maestro —pongamos— del Renacimiento italiano se incluyen también los cuadros de sus discípulos e imitadores (basta que sean buenos). ¿Quién quita que en el futuro no se editen los libros de García Márquez o de Rulfo con un anexo que incluya a sus epígonos de valor? En América Latina son legión. Lástima para Ruiz que por ahora sigamos en plena época de culto a la originalidad.

Hay, finalmente, otros dos relatos incluidos en la antología de Pachón Padilla: *Las enmiendas como curaciones en el prójimo*, de Fernando Cruz Kronfly, y *Neuronita*, de Armando Romero. El cuento de Cruz Kronfly lo hemos leído y releído sin poder llegar a una conclusión segura. Al lado de referencias que suenan bastante postizas (que si has leído a Proust, que si crees que Freud) y de cierta verbosidad que incomoda, encontramos también algunos hallazgos líricos y cierta homogeneidad en el estilo, que inspiran confianza en las cualidades del narrador que leemos. No puede ser que éste sea su mejor cuento. Acerca de *Neuronita* —aparte el desánimo que produce un mal título cuando desafortunadamente no se revela paródico— hay poco que decir. Así que es preferible ceñirse a la primera parte del consejo de Auden que citábamos antes.

HÉCTOR ABAD

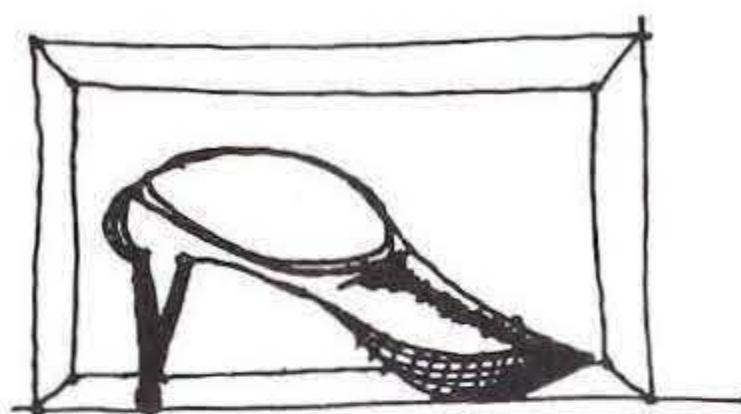
El cielo cálido y los infiernos gélidos

La promesa y el reino

José Manuel Crespo

Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1984, 273 págs.

El título, la cita de san Lucas que abre el libro y las profusas alusiones en el texto no dejan duda alguna sobre las intenciones de *La promesa y*



el reino: se trata de una novela de la redención. Es notable que este empeño literario (que hace pensar en los solemnes alemanes, en Thomas Mann y Hermann Hesse ponderativos) sea el motivo de una obra colombiana, y más aún que se esquiven en ella los primeros peligros de la moraleja y la consigna, entre los cuales acaban sucumbiendo las pocas cosas de este género que se editan acá. Estamos habituados a los relatos de la caída y la desesperanza de un desgraciado, de un pueblo, del país, y al testimonio de los naufragos. Crespo sería acusado de buscarles salida y de porfiar en la herejía optimista que adjudica el poder de la liberación al corazón del individuo.

Leticia, personaje central de la novela, posee el secreto del edén perdido. Desde el primer capítulo la encontramos exiliada de la costa, torturada en un pueblito andino, amenazada por las voracidades de una casa siniestra y rodeada de extraños que prodigan maldad con una vehemencia casi heroica. No tiene acceso tan siquiera a las aspiraciones solapadas de una Cenicienta: sus guardianas le recomiendan la lectura del cuento. Sin embargo, el autor no tarda en avisarnos que la niña no será vencida. Sólo se trata de la prueba de fuego a que son sometidos los justos para acrisolar el temple de su espíritu.

En el capítulo segundo confiesa el narrador que se hicieron amigos durante una temporada en Bogotá. Esta declaración es sorprendente, pues aun suponiendo lazos de parentesco —y en gran medida la novela es una saga familiar—, parecería que el cronista conoce con un exceso sospechoso los más etéreos rincones del alma de la protagonista, las nimiedades de su historia y los más negros entresijos de sus enemigos, cuyo nú-

mero adquiere proporciones casi cósmicas. De todos modos, nos enteramos de que Leticia, en esta capital de los infiernos (en donde, dicho sea de paso, quedan hasta las casas editoras), probará que es suya la clave de los elegidos. No creo que reveleemos nada adelantando que ésta se funda en el pasado. Desde Proust esperamos que así sea.

En el tercero se recuenta el destino de aquellos personajes a través de los cuales está unida Leticia al pasado ancestral. En el último, el cuarto, la de un sentidísimo recuerdo que le permite recuperar el suyo propio y reclamar, por tanto, el derecho a su reino.

Cómo se han propagado hasta la universalidad los productos del mal, el odio, la violencia y el tedio sin los cuales no cabría hablar de redención, es algo que no explica, ni nadie esperaría que tuviera que hacerlo, el autor. Pero decir cómo germinan es necesario para darle sentido a la idea de la salvación. Crespo abunda en detalles de que existen. Para citarlos sería necesario más espacio, pero basta decir que no especifica sus raíces. Queda la impresión de que en los Andes son endémicos y se respiran en el aire, en tanto que en la costa son advenedizos y a duras penas polucionan los esplendores de su clima y su geografía. Si bien todo el mundo los ejerce o padece —y acaso así se evite la tercera asechanza en las obras de este tipo, la del maniqueísmo—, los *cachacos* los llevan en las venas mientras los otros, en especial los protagonistas, cuando mucho han decidido cultivarlos porque el mal los ha atacado desde afuera bajo las formas del prejuicio, la pobreza o la desgracia de un viaje al interior.

Esto equivale a una petición de principio. Leticia y los suyos disfrutaban del derecho a formar parte del reducido número de los elegidos. Habrán de redimirse los antiguos moradores del paraíso. Que éste se sitúe o haya estado en el Caribe colombiano no se debe al mero hecho de que Crespo sea oriundo de Ciénaga. Hay en esta doctrina mucho de una mala conciencia nacional y vestigios del ya proverbial desahucio

de Occidente con su cándida fe en la integridad del buen salvaje, hoy en día más patentes en las manías del turismo. Pero no es menos cierto que allí subsistían la inocencia y la visión pasmosa a las que hace mucho renunció el resto del país. Preservarlas es la tarea de Leticia. Le corresponde al autor convencernos acerca de sus bondades y vigencia.

Al menos para el caso presente, José Manuel Crespo forma parte de los cada vez más escasos escritores que creen posible y noble la ligazón entre la ética y la estética, dos palabras usadas, tal vez con mucho juicio, principalmente para los trabalenguas. Así, por un lado Leticia, rememorando un momento señalado y amparando la plenitud de su fascinación hacia la gratuidad del mundo edénico, adquiere una suerte de virtud moral que la rescata de los azares de un presente en el que todo está perdido para los que no han experimentado la belleza; y por el otro el autor se apuesta en el recuento minucioso de todo este leal proceso de sentir, aceptar, conservar y terminar sacando a flote, sobre el cual descansarían el peso y la validez de la novela.

Para lograrlo, Crespo echa mano de múltiples recursos. Son algunos de dudosa eficacia. Por ejemplo, la incrustación de letras de canciones para crear un ambiente "de época", según la idea fatalista y en boga de que la vida viene con partitura; la inevitable referencia a un clima bíblico, a veces portentoso, a veces de erudición de santoral, que únicamente añade párrafos al libro; el seguimiento de una técnica que empieza a hacerse típica, consistente en rastrear e ir anotando todas las ramificaciones de la historia y que la colma de paréntesis y anécdotas sobre personajes y acontecimientos que van del chisme al mito, lo que supuestamente iría a conformar una especie de suma vallenata, como si Crespo ratificara o rectificara a ya sabemos quién: "...y recordaba la tarde en que a la abuelita de Magdalena Codurí estuvo a punto de llevársela un viento cálido al que le daba peso la polvareda fina que venía levantando por los playones (...) como

si miles de ángeles estuvieran sacudiendo sus sábanas y al salir de la casa de Lolita Gallardo las ráfagas del torbellino la cogieron de frente y los vecinos la vieron pasando voladita como a un metro de altura sin una zapatilla y con el pelo parado" (pág. 265); y el uso incontinente e indiscutible de descripciones y adjetivos que dejan dudas sobre la coherencia de los personajes y hacen poco menos que imposible una constatación. Por otro lado, los clamorosos capítulos de *La promesa y el reino* demuestran que Crespo puede darse el envidiable lujo de frecuentar la justicia literaria. En las últimas páginas está el relato memorable de la promesa que el mar le hizo a Leticia para siempre. Van conmoviendo como si se soñaran.

La lectura del libro deja una sensación ambigua de talento y de superfluidad. La novela quizás podría haber sido menos densa, acaso habría bastado un cuento largo. Y bien podría prescindir de la última frase: "Pero ni un solo instante dejaría Leticia de buscar los frutos del árbol del amor entre las olas del destino...", con la cual se aproxima peligrosamente al cuarto escollo del tema de la redención: el de la alegoría.

CARLOS JOSÉ RESTREPO

Fábulas para mayores

Cuentos para después de hacer el amor
Marco Tulio Aguilera
Editorial Oveja Negra, Biblioteca de autores colombianos. Bogotá, 1985, 122 págs.

Rino, rinoceronte bonachón y solitario que atraviesa una profunda crisis existencial, se encuentra súbitamente arrebatado por una pasión. Lo ha enloquecido una hembra extraordinaria. Es un amor "contra natura", pues se ha enamorado nada más ni nada menos que de un helicóptero: Laura, alias HK-335. Ence-

guecido por la pasión la posee, posteriormente muere de una infección venérea y ella, al cabo del tiempo, da a luz un hermoso rinoceróptero.

Con este cuento comienza el libro *Cuentos para después de hacer el amor*, de Marco Tulio Aguilera, escritor colombiano radicado en México. Este primer cuento hace pensar en un autor de fábulas para mayores. *Contra natura* tiene todos los elementos de una fábula: los personajes: un animal y un aparato mecánico humanizados. Rino es toda una persona: suspira con nostalgia por un amor dejado en Amsterdam, no tiene grandes problemas de conciencia, sufre de una honda crisis existencial, "carece de objetivos vitales, de planes cósmicos o por lo menos supraselváticos"; todo esto, antes de enamorarse perdidamente de Laura. Fábula llena de ironía, sentido del humor y ternura que apela a nuestra imaginación de niños traviesos.

Cuando pasamos al segundo cuento, *Los saúdes*, el fabulista da paso al poeta. *Los saúdes* es un poema a la melancolía. En el intento de precisar qué es un saúd, de describir y clasificar un ser tan asombroso, se nos va develando lo intangible. Sin saber exactamente qué son los saúdes, después de conocerlos por obra de la mágica pluma de Aguilera, seguirán existiendo para la intuición del lector, ya no podrán dejar de ser reconocidos en cualquier ser de la naturaleza que incite a la nostalgia.

Así, cada uno de los doce cuentos constituye una creación totalmente distinta: unos tiernos, otros desconcertantes, otros cargados de violencia. Honradamente, resulta difícil reseñar esta obra. Aguilera no sólo es un maestro del lenguaje literario sino un maestro de la vida. Sus historias, situadas en el espacio simbólico del mundo literario, nos transforman esencialmente. No es sólo la habilidad con la cual maneja el lenguaje; hay un conocimiento profundo del eros humano, de la psique de cada personaje, una percepción cercana a la sabiduría del poeta-filósofo. La obra está cargada de reflexiones, de refranes populares, de frases llenas de sentido común. Su lectura no es